





Newton Compton Editores

© 2025, Marcos Nieto Pallarés  
© 2025, de esta edición por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Primera edición: septiembre de 2025

Newton Compton Editores es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.  
Pl. Urquinaona, 11, 3.º 1.ª izq. Barcelona, 08010 (España)  
[www.newtoncomptoneditores.com](http://www.newtoncomptoneditores.com)

Gruppo editoriale Mauri Spagnol S.p.A.  
[www.maurispagnol.it](http://www.maurispagnol.it)

ISBN: 978-84-10359-99-4  
Código IBIC: FA  
DL: B 6.008-2025

Composición:  
Javier Sánchez Meco

Diseño de interiores:  
David Pablo

Impreso en septiembre de 2025 en Puntoweb s.r.l., Ariccia (Roma), en Italia.

*Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telemático o electrónico—incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet—y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.*

Marcos Nieto Pallarés

# La sinfonía del miedo



Newton Compton Editores  
Barcelona, 2025



## Nota del autor

Estimado lector:

Los personajes que aparecen en esta novela son de mi absoluta invención. Ni siquiera están «basados en». Del mismo modo, y para no herir sensibilidades, el lugar donde aparecen los cuerpos es ficticio. Por otro lado, y como ya sucede en *El juego del mal*, este *thriller* no gira en torno al quién lo hizo, sino al cómo y el porqué.

Dicho esto, solo me queda agradecerte que hayas elegido *La sinfonía del miedo* como lectura.



# Preludio

6 de diciembre de 2017

En la habitación reinaba el silencio. Pero un lugar exento de ruidos no tiene por qué transmitir paz. Lo mismo sucede con una partitura bellamente interpretada por una orquesta. Depende del motivo por el que se perciban –o no– los sonidos.

Su cuerpo caído en desgracia se mecía mientras musitaba las últimas palabras que había pronunciado su secuestrador:

–Volveré por la noche. Volveré por la noche. Volveré por la noche...

El reloj de la mesilla marcaba las nueve y media. Observó el movimiento de las agujas entretanto se arrancaba, de manera rítmica e impulsiva, las costras secas de las últimas heridas.

Su piel era un mapa de tajos y cicatrices.

–Volveré por la noche. Volveré por la noche...

Las paredes insonorizadas evitaban que oyera los ruidos que su captor provocaba en la habitación de al lado mientras se preparaba para martirizarla y, asimismo, que se percatara de que había empezado a sonar la música que invariablemente acompañaba a su sufrimiento.

Exhaló un suspiro cuando el atormentador giró la llave en la cerradura.

–Y ya es de noche. Y ya es de noche. Y ya es de noche...

A la par que la puerta se abría, la sinfonía se deslizó en

la habitación como un ladrón violento. La mujer dejó de dirigirse a la nada y sus ojos se abrieron como una grieta provocada por un cataclismo. Los acordes irrumpieron en su mente con la fuerza de un vendaval y su boca arrojó un grito ensordecedor.

## Víctor Echevarría

22 de noviembre de 2017, 18:47 h  
Salamanca

No tardaron en ponerle un sobrenombre, como de costumbre, basado en su *modus operandi*; nadie puso en entredicho que le venía como anillo al dedo. Los medios de comunicación no dejaban de hablar del hombre que había arrojado dos cuerpos sin cabeza en unos descampados de Salamanca.

Mi compañera y yo llevábamos dos años tras la pista del desalmado que, según rezaba el informe forense, descabezaba a sus víctimas de un solo tajo con un hacha de gran hoja.

Dos crímenes sin precedentes en España.

Cada línea de investigación condujo a un callejón sin salida. Cada huella, a un hombre equivocado. Cada interrogatorio, a impotencia.

Un decapitado más y la prensa podría tacharlo de asesino en serie. Nadie dudaba de sus intenciones: saciar sus instintos primarios al tiempo que se labraba un nombre como criminal.

Mientras sorbía café en mi mesa rebosante de documentos, me pregunté cuándo aparecería la tercera víctima del Verdugo de Salamanca.

Pero la cuestión no era cuándo, sino quién.

22:37 h

Abrí los ojos como un hombre de sueño ligero al que des-

piertan de un puntapié y un estallido de dolor me cruzó la frente de sien a sien.

–Joder –gruñí mientras me incorporaba.

Volví en mí en una sala de paredes grafiteadas y desconchadas, sobre un suelo mugriento salpicado de basura doméstica. Me palpé el cuerpo en un acto instintivo y me di cuenta de que no llevaba encima ni el arma, ni la placa, ni el móvil.

Descubrí una puerta metálica a mi espalda, sin paño. Traté de abrirla; parecía atrancada desde el otro lado.

«¿Cómo he acabado metido aquí dentro?».

Estuve a punto de pellizcarme para comprobar si estaba despierto, pero en lugar de comportarme como un imbécil me esforcé en hacer memoria.

«Iba a entrar en el coche y alguien me abordó. Noté un pinchazo en el cuello y... –Caí en la cuenta de que las anteriores víctimas del Verdugo habían sido atacadas cuando se disponían a entrar en el coche–. Mierda».

Ante mí, ligeramente a mi derecha, había una mesa camilla con algo encima, tapado con un mantel gris. A mi izquierda, algo mucho más grande, asimismo cubierto con un hule plomizo. En una de las paredes, encajado en un espacio libre de grafitis y escrito con letras rojas concienzudamente gruesas, pude leer: «Inspector, la hoja caerá si ella se mueve». Sobre la advertencia, aparentemente escrita con sangre, distinguí un pequeño altavoz.

«¿Qué diantres...?».

Tiré del mantel más grande y bajo este apareció mi compañera, acoplada a una guillotina casera.

«No usaba un hacha».

Descubrí a Rebeca bocabajo sobre un pequeño banco de madera, inconsciente y con la cabeza aprisionada por un cepo sellado con un candado, bajo una cuchilla de acero triangular que resplandecía como aguas nocturnas bañadas por la luz de la luna llena.

Las siete palabras rojas me hicieron vacilar. «La hoja caerá si ella se mueve». Temí que se sobresaltara si la despertaba de pronto y, como rezaba el consejo, su cabeza rodara por el suelo.

«¿Qué habrá sobre la mesa camilla? ¿La llave del candado?», pensé inocente.

Me acerqué y tiré del hule más pequeño. Di un respingo.  
–Dios santo.

Metidas en frascos de cristal, encontré las cabezas de las dos víctimas del Verdugo de Salamanca: Sonia Cifuentes y Alberto Gómez. Entre los recipientes, cargados de formol, descansaba una hachuela de carnicero y un trapo de cocina.

–Ví-víc-tor...

Me di la vuelta al oír la titubeante voz de mi compañera.

–No te muevas.

Rebeca no podía levantar la cabeza, así que me tumbé para que pudiéramos vernos las caras.

–No te muevas –insistí, mientras su cabello pelirrojo encerraba mi rostro y sus ojos azules perforaban mis pupilas marrones–. Estás encajada en una guillotina. –No tuve más remedio que contarle la verdad–. Delante de ti, en la pared, hay un mensaje: «La hoja caerá si ella se mueve». Así que, pase lo que pase, no te muevas.

–El Verdugo –entendió horrorizada–. No quiero morir, Víctor.

Sus ojos se enrojecieron en lo que dura un parpadeo y dos lágrimas cayeron sobre mis labios, embriagándolos de un sabor salado.

–No vas a morir –prometí, antes de que una voz metálica emergiera del altavoz.

–Eso ya lo veremos.

Me incorporé.

–¿Qué quieres? –pregunté y busqué una cámara con la mirada.

La encontré en la esquina opuesta a la que el asesino había encajado el altavoz; con el trajín, la había pasado por alto al despertar.

–No toques nada –amenazó–. Si tratas de liberar a tu compañera, la hoja caerá: he instalado un sensor de movimiento. Si arrancas el altavoz, os mato. Si mueves la cámara, rodarán cabezas. Si rompes los frascos donde guardo mis trofeos... ¿Lo vas pillando?

–No haré nada de eso.

–Así me gusta: obediente como un perro faldero. Ahora acércate a la mesa donde están las cabezas de mis queridas víctimas. –Obedecí–. ¿Quieres salvar a tu compañera? –Miré a cámara y asentí con la cabeza–. Pues córtate un dedo de una mano.

–¿¡Qué!?! –exclamó Rebeca.

Me volví para observarla: el cepo alrededor de su cuello, la hoja amenazando con descolgarse...

Tragué saliva.

–Es un dedo de nada.

Traté de quitarle hierro a un asunto con más hierro que las lentejas.

–No tengo todo el día –azuzó el Verdugo.

Apreté la mano izquierda contra la mesa mientras las cabezas enfrascadas parecían vigilar mis movimientos. Separé los dedos, coloqué el filo de la hachuela sobre el meñique izquierdo y la bajé con decisión. El dedo se separó de la mano como si fuera de mantequilla. Un corte limpio como una perla. No grité para no asustar a mi compañera. A decir verdad, sentí poco dolor: el Verdugo había tenido el detalle de afilar la hachuela a conciencia. Sin embargo, la sangre, siempre escandalosa, brotó a chorro por la herida.

Hice presión con el trapo.

–¿Lo has hecho? –preguntó Rebeca.

No pude contestar: un intenso vahído me hizo hincar las

rodillas. Traté de no aflojar la presión; el trapo no tardó en teñirse de rojo.

—Bien hecho, inspector. Ahora córtate el de la otra mano. Hazlo y te prometo que dentro de unas horas os despertaréis sanos y salvos en un descampado de Salamanca. Te vendaré las manos, no te preocupes. No consentiré que te desangres. Tienes mi palabra.

«¿Y de qué me sirve la palabra de un perturbado?», pensé.

—No —dijo mi compañera—. Solo está jugando con nosotros. No tiene intención de liberarnos.

«Si de todos modos vamos a morir, qué pierdo intentándolo».

Me incorporé pálido como un fantasma.

La mesa estaba ensangrentada y el suelo resbaladizo; por poco patino con mis propios fluidos. Los frascos también mostraban pequeñas salpicaduras. Observé mi índice sobre un charquito rojo: parecía un artículo de broma.

Procedí del mismo modo con el meñique derecho. Caí de culo un segundo después de cercenármelo.

—Ahora córtate una mano.

—¡Maldito hijo de puta! —grité fuera de mí.

—Está jugando con nosotros —insistió Rebeca, evitando gritar para no hacer ni el más mínimo movimiento.

Usé mis últimas fuerzas para incorporarme.

«Mejor morir desangrado que a manos de un asesino».

Me dispuse a amputarme la mano de un hachazo cuando mi compañera empezó a agitarse sobre el banco de madera, provocando que la guillotina temblara como dos vírgenes en su noche de bodas.

—¡No! —exclamé mientras observaba sus sacudidas.

—¡No permitiré que disfrute a nuestra costa! —sentenció.

Y la hoja cayó sobre su joven cuello.

Su cabeza golpeó el suelo: un sonido que se grabó a fuego en mi mente. Ante mis ojos horrorizados, se balanceó como

un péndulo hasta quedarse quieta. Hubiera jurado que sus ojos parpadearon antes de quedar exangües.

–¡Maldita zorra! –lamentó el Verdugo–. ¿Tenías prisa por morir o qué?

Mi cuerpo, mutilado y conmocionado, dijo basta. Caí de rodillas mientras dejaba de presionar las heridas. Lo único que deseaba era ponerle fin a mi sufrimiento.

Antes de perder la conciencia, pude ver cómo el Verdugo, cubierto por un pasamontañas, accedía a la habitación por la puerta metálica y se me acercaba con pasos achacosos.

–Tú has cumplido con tu parte –susurró desde el corazón de la sala–. No sería justo que pagaras por la estupidez de tu compañera.

## V́ctor Echevarría

24 de noviembre de 2017, 04:48 h  
Salamanca

Desperté en el mismo lugar, con las manos vendadas. El cuerpo de mi compañera seguía apesado en la guillotina, pero su cabeza ya no me miraba desde el suelo. No pude evitar imaginar las facciones de Rebeca sumergidas en formol. Como era de esperar, también se había llevado la de Sonia Cifuentes y la de Alberto Gómez.

«Seguro que lo ha grabado todo», pensé mientras recordaba la sonrisa de quien había sido mi compañera durante casi una década.

–Lo siento, amiga mía –le susurré a su cuerpo decapitado.

Advertí que el asesino me había devuelto el móvil, la placa y la reglamentaria. En una de las paredes constaba una dirección, escrita –esta vez no tuve la menor duda– con la sangre de Rebeca. Conocía el lugar señalado: un polígono en las afueras de Salamanca. Llamé al inspector jefe y le rogué que enviara una ambulancia y un equipo de la Policía científica.

Seis meses después  
23 de mayo de 2018  
Madrid

Ahora me llaman Sinmeñiques.

Traté de recuperarme del choque emocional, pero no fui capaz de arrancarme de la cabeza el tercer crimen del Verdugo

de Salamanca. Como en casos similares, busqué refugio en el alcohol mientras me obsesionaba con atrapar al hombre que había asesinado a mi compañera.

Me convertí en un cliché.

El Verdugo me perdonó la vida porque entendió que de ese modo me imponía un castigo más largo; era todo un experto en atormentar.

Mi salida del Cuerpo cayó por su propio peso. No podía cargar con la culpa mientras investigaba las muertes de otros. Entre lágrimas, me despedí de mis compañeros, que, empáticos –nadie mejor que ellos para ponerse en mi piel–, me dedicaron miradas de lástima y frases de ánimo.

Dejé mucho atrás: mi título universitario en Criminología y la formación especializada en Investigación criminal y ciencia forense. Me había pasado la vida estudiando y un asesino en serie había conseguido borrar todos mis logros de un plumazo. No podía seguir con mi vida de entonces mientras mis pensamientos viajaban sistemáticamente a otra parte, a la sala donde había perdido dos dedos y a mi compañera. No lo encontraba ético. Así que me trasladé a Madrid, donde vivía mi hermano Ramón. Pasé un tiempo con él, hasta que me saqué la licencia de detective privado y poco después conseguí trabajo en una agencia. Ahora vivo en las afueras, en un piso de alquiler, y me dedico a destapar fraudes e infidelidades. O al menos es lo que hacía, hasta que contactó conmigo una mujer cuyo marido e hija habían desaparecido.

–Me gustaría hablar con usted sobre un asunto importante –rogó Edurne Palaciego.

Como casi toda España, estaba al tanto del asunto.

–Si lo que quiere es que busque a su marido y a su hija, no me interesa.

No obstante, no pude declinar su última oferta:

–Solo le pido unos minutos de su tiempo. Le pagaré mil

euros por escuchar mi propuesta. Si esta no le satisface, es libre de marcharse con el dinero.

Palaciego vivía en el distrito de Moncloa-Aravaca, en una zona tranquila del barrio de Valdemarín. Una garita privada de seguridad custodiaba La puerta de acceso y evidenciaba el alto poder adquisitivo de la mujer que pretendía contratar mis servicios. Tras identificarme ante el guardia, me invitó a pasar y a esperar ante el chalé –más bien una mansión– a que la señora Palaciego saliera a recibirme.

Conduje por el ancho camino de piedra que llevaba hasta una casa de aspecto clásico que, sin miedo a equivocarme, superaba los mil metros cuadrados, mientras a mi derecha se extendía una piscina que reflejaba el cielo nublado con el que había amanecido Madrid.

Tiré del freno de mano y la vi bajar por las escaleras de mármol que presidían el amplio porche y la no menos suntuosa puerta de entrada.

«Ahí dentro debe de sentirse muy sola», pensé antes de apearme.

–Le agradezco que haya venido –dijo tras estrecharnos las manos.

La primera vez, todo el mundo se quedaba mirando mis manos de cuatro dedos. Pero Edurne pareció no fijarse en ellas a pesar de que estaba seguro de que había escarbado en mi pasado.

–No pude declinar su oferta de mil euros a cambio de nada.

–Si acepta el trabajo, se los descontaré de sus honorarios.

«¿Eso ha sido una gracia?».

No supe cómo reaccionar, así que me limité a sonreír.

–Acompáñeme.

Seguí sus pasos. Era una mujer de unos sesenta años bien cumplidos, de pelo corto platino y ojos garzos, nariz de tabique fino y mentón y labios afilados, como presentí que también tendría la lengua. Vestía un abrigo que le llegaba

hasta los tobillos con todos los botones abrochados, como si tratara de ocultar las prendas que llevaba debajo.

«Puede que vaya desnuda –pensé–. Eso sí sería un sorpresón».

Superamos el generoso recibidor que daba acceso a las distintas zonas del inmueble y entramos en un solemne salón de altos techos presidido por una chimenea en la que crepitaba un fuego intenso. Dos cristaleras apaisadas permitían disfrutar de las agradables vistas del jardín, aunque el sol se ocultara tras nubes grises. Fuera hacía un frío tremendo; por eso dentro se estaba tan bien.

Me llamó la atención una fotografía enmarcada en la que aparecía la familia al completo. Carolina apenas tendría diez años. «Es evidente que ha salido a la madre». Tomás Lago era un hombre de corta estatura –cuatro dedos menos que su mujer, como poco–, de escaso pelo y nariz considerable, y unos ojos juntos y grandes que le daban aspecto de búho.

–Tome asiento.

Me acomodé en un sofá más largo que una noche sin madrugada, camuflado por una mesa de centro acristalada no menos oblonga, sobre la que descansaban un portátil y un sobre para cartas. Ni jarrones, ni posavasos, ni plantas, ni ceniceros. Únicamente el sobre y el ordenador. Todo parecía haberse preparado con mimo, como un decorado de Hollywood antes de una escena crucial.

Un hombre trajeado entró en el salón y se acercó a mi anfitriona con el sigilo de quien no trae buenas intenciones.

«¿Y de dónde ha salido este? ¿Será un inspector de Homicidios?».

–¿Desean tomar algo?

«¡Hostia puta! ¡Si tiene mayordomo!».

–Yo no –contesté con naturalidad.

–Gracias, Francisco –profirió Palaciego–. Luego, si acaso.

Francisco se retiró como había llegado: sin llamar la atención.

—Supongo que estará al tanto de mi situación —dijo Edurne con voz melosa, tras tomar asiento al otro lado de la mesa de centro.

—Como todo español. Su hija desapareció sin dejar rastro y su marido corrió la misma suerte dos días después. Pero sigo sin entender qué quiere que investigue. ¿Quién se los llevó?

—Sí.

—Mucha responsabilidad para un detective privado, ¿no le parece? Además, es hartó improbable que su marido y su hija sigan con...

—Lo sé.

Se levantó para coger el sobre y me lo entregó por encima de la mesa.

—¿Qué contiene?

Con un gesto, me invitó a comprobarlo por mí mismo.

Saqué de su interior un *pendrive* y una nota escrita a máquina.

—Lea la nota, por favor.

—«Si quiere que su hija vuelva a casa, traiga mañana un millón de euros al pueblo fantasma de El Alamín».

Conocía el lugar: un pueblo creado para los jornaleros que trabajaban en la finca de El Alamín. Como su uso fue exclusivo de los trabajadores y sus familias, cuando cerró quedó abandonado. Un lugar visitado por los entusiastas de lo paranormal.

—Doy por hecho que la Policía está al tanto de esta nota.

—Desde luego. Prepararon un dispositivo para atraparlo, pero no se presentó. El sobre y la nota son copias exactas; los auténticos los tiene la Policía judicial. Pero quería que usted lo sintiera como si fueran reales, ¿entiende? —«Qué mujer más peculiar»—. Me han hablado de su instinto detectivesco y me gustaría que trabajara en exclusiva para mí.

Levanté la mirada por encima del papel y Edurne me perforó las pupilas con sus ojos azulados. Habló con el carácter de quien no tiene nada que perder:

–Mi marido no tuvo nada que ver con el secuestro de Carolina, como han insinuado algunos medios de comunicación. Ni siquiera estaba en Madrid cuando se llevaron a nuestra hija. No sé qué pudo sucederle, ni si las desapariciones guardan relación, pero él jamás le haría daño a nuestra pequeña. La Policía verificó su coartada. Pero a los medios sensacionalistas eso no les importó. No buscan la verdad, solo que suban los índices de audiencia.

Se inclinó para coger el portátil y, como el sobre, me lo entregó por encima de la mesa.

–Ponga el *pendrive* y enciéndalo. La contraseña es «Palaciego». El vídeo se reproducirá automáticamente.

«¿Un vídeo? –pensé cejijunto–. Esto se pone interesante».

Hice lo que me pedía y, efectivamente, tras teclear la contraseña se reprodujo una grabación. Lo primero que vi fue oscuridad; luego una mano apoyada en un colchón. La imagen se movía bruscamente, pero pude observar los rasgos de una mujer ataviada con un chándal en lo que parecía un sótano de paredes ahuesadas. Pude ver cortes en uno de sus pies.

–¿Qué se oye de fondo? –pregunté.

–El *Aria sulla quarta corda*, un arreglo musical del violonista August Wilhelmj del segundo movimiento de la Suite orquestal n.º 3 en re mayor, BWV 1068 de Johann Sebastian Bach. Pero eso ahora no importa.

–Cualquier detalle importa –dije, impresionado.

Ella asintió y habló con el semblante grave:

–La joven que aparece en la grabación es mi hija. Los investigadores no lo ven claro, creen que puede ser un engaño para sacarme el dinero, pero, créame, es Carolina.

–He observado que tenía cortes en un pie.

–Así es.

- ¿Cómo le hizo llegar el secuestrador el vídeo y la nota?
- En un estuche de plástico. Lo lanzó por encima del muro del jardín a las 3:36 de la madrugada. El jardinero lo encontró por la mañana. La Policía revisó las grabaciones de las cámaras de seguridad, de ahí que conozca la hora exacta. No obstante, mis cámaras no pueden enfocar por ley hacia la calle, así que solo pudieron captar un estuche volando por encima del muro.
- «Es astuto», discurrí.
- ¿Y qué avances ha hecho la Policía?
- Ninguno.
- ¿Y qué quiere que haga yo que no hayan hecho ya ellos?
- Encuentre al hombre que hizo la grabación. Si da con él, dará con mi hija. Puede que su motivación no fuera matarlos. Mi corazón de madre me dice que Carolina está viva.
- ¿Y qué dice de su marido?
- Que una cosa llevará a la otra.
- Es probable que el culpable sea el mayordomo.
- Burlarse de una madre desesperada es, como poco, cruel.
- Lo siento. Ha estado fuera de lugar.
- Está perdonado. Sé que usted también pasó por un trance terrible.
- «Aún lo estoy pasando».
- ¿Sabe quién soy, señora Palaciego? Quién soy de verdad. Le juro que me sorprende que quiera contratarme. No soy lo que se dice un buen partido.
- Usted es un exinspector de Homicidios que ejerce como detective privado.
- Esa es la parte teórica. Bebo demasiado. Soy agresivo, sobre todo cuando empino el codo. Camino sobre la línea que separa el bien y el mal y tiendo a trastabillar hacia el lado equivocado. Soy desagradable, como ha comprobado hace un momento. Y todo el mundo me cae como el culo.
- Yo veo a un hombre que sabe quién es –opinó ella, dán-

dome su voto de confianza—. No me importa lo que haga en su tiempo libre. A mí como si se mete entre pecho y espalda un barril entero de *whisky*. Solo me interesa su capacidad para atar cabos. Tampoco me importa cómo llegue al fondo del asunto, siempre y cuando no le haga daño a nadie. Le daré veinte mil euros como adelanto. Un millón si trae una pista fidedigna sobre el paradero de mi hija o de mi marido, vivos o muertos.

Tragué saliva. Ningún detective privado en su sano juicio habría declinado una oferta tan generosa.

—Me lo pensaré.

Edurne me dio su tarjeta de visita. Yo le entregué un papequito con un número de cuenta. No hizo falta que le explicara que era donde debía ingresar los mil euros.

—Tiene hasta las diez de la noche de mañana. Si no, le ofreceré el trabajo a otro detective privado.

«Es casi imposible encontrarlos —pensé indeciso—. La Brigada de Homicidios y Desaparecidos no ha conseguido nada. Pero, joder, este es uno de esos trabajos que te jubila».

—Ha sido un placer, señora Palaciego.

Me levanté del sofá.

—Permítame que lo acompañe hasta la puerta.

Antes del último adiós, me dedicó unas palabras para el recuerdo:

—Huir del pasado no alejará sus fantasmas. Lo único que puede salvarnos es mirar hacia delante, sin olvidar.